

qué punto no habria prevalecido en ella? ¿Habria podido yo entonces pedirlos, como lo hago ahora, la mortificacion de los sentidos, el martirio de la carne, la renuncia de vosotros mismos, la humildad de la penitencia? ¿Me escuchariais acaso? La sola idea de vuestro Dios rodeado del brillo de los honores y en medio de los placeres, ¿no seria una preocupacion invencible contra todas mis razones? ¿Qué fuerza, por el contrario, el ejemplo de un Dios moribundo sobre una cruz, no dá á mi ministerio y á mis palabras? ¿Y con qué autoridad no puedo deciros, que es necesario que seais humildes, pacientes, desprendidos del mundo, lo que del otro modo no habria dicho sino temblando, y desesperando de ser creido.¹”

Jesucristo, en efecto, ha sido el modelo de todas las virtudes. Desde su infancia era obediente á sus padres, y se le veia crecer en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres. Su juventud se pasó en los humildes y penosos trabajos del taller de un pobre artesano, y cuando hubo llegado el momento de comenzar su mision redentora, Él ofreció á la tierra el perfecto ideal de la belleza moral, á que solo un Dios podia llegar. En todas sus acciones se vé resplandecer la bondad, la ternura, la paciencia, la indulgencia, la humildad; vive haciendo el bien, aliviando todas las dolencias, compadeciendo todas las desgracias, perdonando todas las flaquezas, y su último suspiro, en medio de los ultrajes de sus verdugos, es un suspiro eternamente adorable de clemencia y de amor. “¡Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen!” ¡Ah! sí; la muerte de Sócrates ha sido la muerte de un sabio, pero la vida y la muerte de Jesus han sido las de un Dios!

Cuando en lo mas fuerte de la pelea, el general se lanza á la cabeza de sus soldados, los mas cobardes recobran el valor, y se precipitan en su seguimiento, á través del hierro y del fuego sin mirar á los peligros, sino solo en la gloria del

1 Sermon sobre la Pasion.

triunfo: en el rudo combate de la vida, Jesucristo, con la cruz sobre los hombros marcha al frente de nosotros; ¿podriamos quedarnos atras? Por mas débiles y tímidos que seamos, ¿podremos retroceder y rehusar el seguirle en esa senda que nos señala? ¿no tendrá en nosotros ninguna fuerza, ningun poder su ejemplo?

Pero los medios de influencia cristiana sobre la voluntad humana no están agotados; el Hijo de Dios tiene todavía reservado un cordial divino, destinado á reanimar nuestras abatidas fuerzas y á revivir nuestro corazon desfallecido: este cordial divino es la gracia.

La gracia, segun los teólogos, es un don gratuito y sobrenatural que Dios nos hace para ponernos en relacion con la felicidad eterna, ó de otro modo, con el fin para que hemos sido criados. San Agustin la define de este modo: una inspiracion del amor divino, para hacernos practicar por este santo amor el bien que conocemos. Pascal dice que Dios es una cosa sensible al corazon; Leibnitz ha establecido la concupiscencia del bien, destinada á contrapesar la concupiscencia del mal; y ya la opinion del célebre filósofo la habia anticipado el autor de la Imitacion, en este admirable capítulo, en que hace el paralelo de los movimientos de la concupiscencia y de los movimientos de la gracia. “La naturaleza, dice, se inclina hácia las criaturas, hácia las vanidades, hácia la carne; la gracia eleva á Dios, escita á la virtud, aparta de las criaturas, huye del mundo, odia los deseos carnales.¹” Así la naturaleza, tal como la ha hecho el pecado, no tiene bastante inclinacion al deber; ella se siente, por el contrario, vivamente inclinada al mal. Por esto los apóstoles cuando oyeron promulgar la moral evangélica, espantados de las dificultades que presentaba y desesperando poder superarlas jamas, exclamaron llenos de angustia: “¿Quién podrá salvarse?” Pero su Maestro, siendo Dios, les respondió como Dios:

1 Imit., III, cap. 4.

llo de la necesidad, y destituidos del carácter moral, no; ella le ha conservado su dignidad de agente responsable, de un sér libre y señor de su suerte, pudiendo obedecer, segun su eleccion, á las sugestiones del mal, ó á las inspiraciones del bien. Esto es lo que hace necesario en la tierra el reino de Jesucristo; porque si los hombres, como lo demuestra demasiado la historia lamentable de su antigua depravacion, si los hombres, decimos, estuviesen abandonados sin ningun sosten á los solos recursos de su naturaleza, sucumbirian inevitablemente á la seduccion del mal. Es necesario, por lo mismo, que Jesucristo no deje de tenderle una mano compasiva, que sea su guia, su apoyo, su rey, en todos momentos y por todo el resto de los siglos. Así, antes de volverse á su Padre, prometió no dejarnos huérfanos, sino venir otra vez hácia nosotros. Él ha mantenido su promesa; y aunque su presencia no se manifieste visiblemente á nuestros ojos, la sentiremos en esa atraccion que debe ejercer en nuestra alma, haciéndose en ella sensible, por la influencia de la gracia. Esta influencia celeste inducirá nuestra voluntad al bien, neutralizando la concupiscencia del mal; y de esta suerte lejos de que la gracia disminuya la libertad, ella, por el contrario, la aumentará, restituyendo mas ó menos en el alma, segun su grado, el equilibrio perfecto entre el bien y el mal, ó haciendo inclinar la balanza en favor del bien, que la alma, desembarazada entonces de las malas pasiones, deseará con todas sus fuerzas.

Aunque la gracia sea un don puramente gratuito, aunque Dios pueda concederlo sin ningun mérito de nuestra parte, en este caso, sin embargo, la intervencion humana es mas frecuentemente exigida. Pero para que podamos ponernos en relacion con ella, la gracia, cuya esencia es invisible, tendrá su signo visible, que por un beneficio milagroso la reproducirá representándola.

En las circunstancias principales de la vida, cuando la necesidad de los auxilios del cielo se haga sentir mas vivamen-

te, el hombre no hará mas que colocar el signo saludable, y Dios le abrirá desde luego la abundancia de sus tesoros. Pero los signos de la gracia, que son como los vínculos que ligan á todos los miembros de la familia humana con Jesucristo, su tronco, y le comunican la savia, son en número de siete, y admirablemente dispuestos sobre el camino de la vida. Todos, se reconocerá fácilmente, están en perfecta armonía con el objeto evangélico, tienden á atacar el principio verdadero de nuestra degradacion, el gérmen corruptor nacido del pecado.

Apenas hemos abierto los ojos á la luz, cuando el agua santa, corriendo sobre nuestras frentes, lava nuestra alma de la falta original, la adorna de inocencia, y nos hace pasar de la familia del hombre viejo, á la familia del hombre nuevo, donde, si somos fieles á la gracia que nos ha sido inoculada, permaneceremos fijos para siempre.

Pero muy pronto con la edad se desarrollará el fermento impuro; si la razon crece, las pasiones crecen con ella; entonces el obispo, por la imposicion de las manos, llama el Espíritu de fuerza al corazon del jóven cristiano, y le marca con el signo de la cruz, le unge con el oleo santo, y en seguida le envía armado de este modo á sostener el gran combate de Dios.

Rudos asaltos esperan al soldado de Cristo, terribles golpes se descargarán á su inocencia; él recibirá acaso mortales heridas: todo ha sido previsto. El Divino Médico, tan pronto como haya descubierto la llaga, arrancará el hierro, y administrará el alimento y la bebida celestes, que arrojarán la muerte y renovarán la vida.

Dos estados solamente fijan la existencia del hombre, y le imponen deberes especiales de una nueva importancia: dos sacramentos le santificarán. El matrimonio, consagrado por la bendicion santa, se revestirá á los ojos de los esposos de una dignidad religiosa que les mantendrá en guardia de sí mismos contra la profanacion; y la gracia que recibirán en

él les ayudará á soportar mutuamente sus defectos y á dedicarse á la dicha de su familia.

El orden, por la imposición de las manos, la unción santa, las oraciones, y el contacto de los instrumentos del sacrificio, hará descender el poder de lo alto sobre el sacerdote, y le alistará en ese divino ministerio destinado á velar en el consuelo de todos los dolores, en la salvación de todas las almas, y que debe perpetuar el espíritu de Jesucristo en medio del mundo, á fin de contener los progresos de la corrupción, por la sal de la doctrina y de las virtudes evangélicas.

En fin, cuando llega para el cristiano el momento fatal en que, despojado de su cubierta terrestre, va á ser llamado al tribunal del Juez soberanamente perfecto, un último sacramento, ungiendo sus miembros con el oleo santo, le fortifica para el último combate, y acaba de purificarle de las manchas que ha contraído en el pernicioso contacto de la carne.

Sin embargo, no es solamente en estas épocas principales de su vida en las que el hombre tiene necesidad del auxilio divino. Delante, detrás, á sus lados el peligro marcha sin cesar con él; la tentación le asedia; bajo cada uno de sus pasos encuentra un escándalo; el enemigo le persigue sin descanso; la lucha se empeña á cada momento. ¿Cómo hará frente á estos multiplicados ataques, si ninguno viene en su ayuda? Pero la oración le ha sido aun concedida. Que sus ojos se eleven hácia las montañas santas, que sus manos se estiendan hácia el cielo, que su voz suba á Dios como un grito de alarma, y este Padre tierno, conmovido de los peligros de su hijo, vendrá á socorrerle y animarle. “En verdad os digo, que todo lo que pidiéreis á mi Padre en mi nombre con fé se os concederá.”

Tales son los admirables lazos por los cuales Jesucristo ha ligado el cielo con la tierra; tal es el saludable comercio que ha establecido entre la Divinidad y la humanidad. Revelándonos todo la grandeza y la misericordia de Dios, los sa-

cramentos nos revelan á nosotros mismos nuestra propia grandeza, y nos enseñan, que el hombre no es solamente un miserable gusano, abandonado por algun tiempo en el fango del mundo, sino una criatura celeste alejada un momento de su eterna patria, que ella recobrará un dia; pudiendo entretanto desde el fondo de su destierro enviar sus pensamientos, sus suspiros, sus votos, y recibir en cambio una lluvia abundante de bendiciones, de gracias y de consuelos.

Guardémonos, pues, de ese loco orgullo que quisiera aislarnos de las comunicaciones divinas, y desechar la protección del cielo, pretendiendo que, sin pedirle nada, el hombre puede bastarse á sí mismo: esta ingrata independencianos será funesta, porque ella nos conducirá directamente á la degradación y á la ruina.

No olvidemos que Dios solo es el principio de vida; que solo de él la humanidad saca el sér y el movimiento, y que despues de la caída no ha hecho mas que debilitarse y deteriorarse, hasta que la cruz la ha atado á su centro, por el Divino Mediador, que la ha vivificado de nuevo, y lejos del cual, en lo de adelante, ella se secará, y morirá como la rama separada del tronco.

“Yo soy la cepa de la viña, y vosotros sois los renuevos, ha dicho Jesus; si no permanecéis adheridos á mí, no daréis fruto; os secaréis como el sarmiento que se arroja fuera y que se amontona para entregrle al fuego.¹”

1. San Juan, cap. 15.